

HISTORIA DE DOS HERMANOS

por José Manuel Prat Boix

Lucas 15:11-32

Ésta es la historia de dos hermanos, pero de tres actitudes:

- 1º. el hermano menor está cansado de las normas de su casa y además, como siempre queremos estar donde no estamos y tener lo que no tenemos, se va de casa;
- 2º. el mayor se queda, pero se considera explotado y no reconocido (“cumpló tus órdenes y no me das ninguna satisfacción”);
- 3º. gracias a una reacción a tiempo, el menor entiende ahora que sólo será feliz en el hogar, que nadie lo amará como su padre.

En realidad la Biblia nos habla de nuestro Padre en los cielos. Da mucho que pensar el hecho de que no haya un tercer hermano que esté feliz en casa.

I) HIJOS PRÓDIGOS

Introducción

Es la cuarta vez, como mínimo, en dos años, que desde este pulpito se aborda la parábola del hijo pródigo; sin embargo espero que sea provechosa la meditación, porque las lecturas pueden ser diferentes, pero también la sensibilidad del hombre es cambiante. La repetición no deja de ser un método muy hebraico; seguramente el factor determinante entonces es el interés, la preocupación o el entusiasmo que un tema despierta en el ponente para trasladarlo a los demás.

La palabra *pródigo* no aparece en el texto bíblico, es el título que un traductor le ha dado al relato. *Pródigo* significa malgastador, malversador, desaprovechador, manirroto. Para nosotros, en función del contexto, será todo aquél que abandona el hogar, se aleja del padre y utiliza erróneamente sus bienes; es decir, un concepto más amplio.

No es casualidad que Dios escoja la figura paterno-filial para ilustrar la deidad; tampoco lo es que en esta parábola asuma el rol de padre. Su drama personal sólo puede captarse despertando en nosotros las vivencias de nuestra relación con los hijos. Así entenderemos la angustia que la humanidad, en su andadura secular, provoca en ese amor, que no es capaz de odiar ni de olvidar, como puede llegar a ocurrir en nuestro caso.

Padre de muchos hijos pródigos

1. Lucifer (Ezequiel 28:14, 15a) nace en el contexto de una armonía universal y absoluta, en contacto privilegiado con Dios; de hecho es su íntimo colaborador.

Sin motivos aparentes ni reales surge en su mente la duda sobre la bondad del Padre y decide seguir un camino diferente, un camino propio que le conducirá gradualmente, quizás sin preverlo, a ser su enemigo encarnizado. Sin preverlo, porque el mal era un camino desconocido.

Si el mal surgiera de forma lógica o justificada sería razonable y dejaría de ser mal. El mal y sus consecuencias son gratuitos.

Y Dios va a responder a este misterio con otro, con el mismo grado de complejidad y con el mismo derecho, esta vez para erradicar el mal. El *misterio de iniquidad* surge en el Universo como algo indescifrable, algo inmerecido para Dios, y éste retoma la iniciativa con otro: *misterio de la piedad*, igualmente ilógico e inmerecido para el hombre; es el plan de la redención gratuito para el hombre, que no para Dios.

En todo caso ya tenemos por primera vez una criatura que escoge un camino diferente al propuesto por el Creador. Y hay que reconocer que esa nueva andadura tiene un cierto atractivo (una tercera parte de los seres celestiales le siguen: Apocalipsis 12:4a y 7-9. En esa nueva andadura se utilizarán las capacidades y habilidades provenientes de Dios.

2. Adán, a diferencia de nosotros, nace del Espíritu y tiene una relación directa con Dios, ese Dios a quien conocerle supone amarle. (Ese es el camino que Jesús vino a proponer, el del auténtico conocimiento de Dios que le hace atractivo para nosotros), vive en un paraíso donde no existe nada hostil, nada negativo, donde escucha y se complace en las directrices del Padre.

Pero el mal ya ha visto la luz y resulta sugerente porque habla directamente al corazón egoísta de la criatura.

Así que Adán decide escapar a los principios del gobierno divino, antepone otro proyecto y prefiere una mal entendida autonomía, otro estilo de vida. Se embarca, pues, en una aventura cuyo final se le escapa, (aunque no importa), parece agradable. ¿Qué querrá decir conocer el bien y el mal? ¿Qué será el mal? Muy pronto lo descubrirá y nosotros con él.

Otro hijo pródigo que emprende un camino centrífugo alejándose del Padre, un camino lleno de incógnitas que menosprecia con entusiasmo.

3. Israel el primogénito de Dios Éxodo 4:22, (Jeremías 31:9up, Oseas 11:1-3)

Israel no es un pueblo escogido entre otros pueblos, es un pueblo diseñado, creado a partir de Abraham. Una nación suscitada *de novo* para una misión concreta e implantada en un territorio lejos de sus orígenes, en una encrucijada de caminos donde su eficacia pudiera ser enorme. No sólo va a ser creado, sino que será educado y sustentado con recursos sobrenaturales para desarrollar su función.

Pero Israel también se alejó del Padre, renunció a su llamado al estilo de vida propuesto. Abrazó los cultos y los ideales de aquéllos que no conocían a Dios. Se alejó de la casa del Padre aunque físicamente, formalmente, permaneciera en ella. Podemos ser hijos pródigos cohabitando aparentemente con Dios, como el hijo mayor de la parábola.

4. Humanidad

Toda la humanidad va en pos de su propio camino. Incluso los creyentes hemos tenido que nacer de nuevo y seguiremos teniendo que regresar de nuevo muchas veces a la casa del Padre. Porque el hombre en una condición de pecado vive un exilio voluntario; el cambio de rumbo, la conversión, ese recorrer el camino andado, pero en sentido contrario, será siempre la mayor necesidad del hombre.

El egoísmo, principio generador del mal, anida en el corazón del hombre desde que nace y sólo puede ser vencido con la ayuda del Espíritu, nunca mediante el propio esfuerzo. El egoísmo no quiere dejar de ser por su propia naturaleza.

El hombre, el hijo, siempre sigue un movimiento centrífugo de diferenciación, lo exige la realización personal; de ahí el difícil equilibrio entre *de dónde vengo y a dónde voy*. Y eso ocurre no sólo en nuestras relaciones familiares sino también con respecto a Dios.

II) RELACIÓN PATERNO-FILIAL

Para involucrarnos en el plan de la Redención decíamos que Dios recurre a la figura paterno-filial y en ese automatismo quiere hacerse comprender. Así que cuando oímos la parábola reaccionamos más como padres que como hijos y en nuestro drama vivimos el suyo. Como padres, podemos vivir la angustia de la espera, la frustración de la impotencia, el deseo no cumplido y hasta podemos culpabilizarnos: ¿me he equivocado en algo?, ¿cuántas cosas habré hecho mal?, ¿he sido demasiado laxo o demasiado severo?, ¿no habré sabido transmitir el carácter de Dios, correctamente?, ¿qué debería haber hecho y no he hecho y al revés?, ¿me he equivocado en el método educativo?, ¿mi estilo de vida o la falta de coherencia habrá fomentado

el rechazo? Porque a veces mi hijo no tiene mi jerarquía de valores, no comparte mi esperanza, no comprende el proceder de Dios o no cree siquiera en él.

Aquí reproduciríamos el mensaje de Dios a Samuel (1 Samuel 8:7): “no te han rechazado a ti sino a mí”; a cada hombre le diría: “es un problema tuyo, es mi fracaso”. Y Dios ya expresó estos sentimientos mucho antes que nosotros, y sin haber existido mal praxis como pudiera darse nuestro caso, “que más puedo hacer”(viña, Israel, Isaías 5:4, 7).

La razón fundamental no está pues en los inexistentes errores de Dios ni en nuestros hipotéticos errores; no podemos culpar a Dios cuya santidad, sabiduría, amor y conocimiento de la naturaleza humana son absolutos, ¿seremos nosotros mejores que Dios? La paternidad se persigue a veces como continuidad, proyección y perpetuación en la descendencia, pero ¿dónde queda entonces la libertad del hijo? Además, ¿somos realmente un modelo a seguir o a evitar?, ¿hasta cuando no aceptaremos que padres e hijos somos realidades físicas, emocionales y espirituales diferentes?

La individualidad descansa en la libertad de elección, pero está mediatizada por factores específicos, genéticos, hormonales, neurotransmisores químicos y por una serie de experiencias y aprioris que nos condicionan. Por esto somos tan diferentes y, por eso, Dios tendrá en cuenta muchos factores no objetivables a nuestros ojos.

La responsabilidad es individual (Ezquiel 18:20); cuando Dios le recrimina a Elí,(un ejemplo mal utilizado en ocasiones) no es por la conducta de sus hijos sino por mantenerlos en sus cargos sacerdotales o por participar en alguna de sus prácticas (1 Samuel 2:22, 24, 29, 35; 8:3).

Esa individualidad está exquisitamente expresada en el texto que muchas veces leemos sin detenernos en su mensaje último: “instruye al niño en su camino” (Proverbios 22:6; RV60). Afortunadamente, la revelación de Dios al hombre no se basa en el valor de las palabras, sino de las ideas. Cuando una versión no responde al texto original, sin ser incorrecta, en ocasiones pierde matices importantes; particularmente, entonces recorro a la traducción literal. No dice el texto en tu camino sino a partir de los condicionantes específicos del niño, desde su propia realización personal. A veces, la imposición del molde de mi camino a otra realidad personal acaba produciendo una fractura. La educación, más un arte que una ciencia en el que no hay normas escritas, una habilidad que supone flexibilidad para adaptarse al desarrollo del niño.

Todo hombre desde Adán es libre de dirigir su vida y, por nuestra parte, debemos dar cabida al amor que Dios pone en el corazón mediante el Espíritu Santo, un amor no parcial, no egoísta o interesado. ¿Hasta cuándo no reconoceremos la libertad del hijo, del hermano, del prójimo?, Mientras nuestra actitud no sea ésta, el amor que experimentamos es sólo consecuencia de una inclinación biológica y no el que Dios propone.

También Dios llora, espera, pero acepta la voluntad del hijo, la voluntad de cada uno de nosotros.

III) LA HERENCIA

Es interesante señalar que el Padre reparte la herencia a los dos hermanos como leemos en Lucas 15:12.

El joven rico, en los relatos de Marcos 10:17 y Lucas 18:18 emplea la frase ¿que haré para heredar la vida eterna?”.

La herencia son los dones de Dios al hombre, que incluyen la Vida Eterna, algo consustancial al ser, recibida en el mismo momento del nacimiento, es decir la vida física, emocional, espiritual, intelectual y unos determinados bienes materiales, compartidos o específicos. Todo es nuestro y disponemos de ello poniéndolo al servicio de nosotros mismos, de nuestra familia, de la sociedad o de Dios y por ende del prójimo.

Podemos desarrollar nuestros talentos, nuestros dones específicos en armonía con el autor de la vida, pero a veces preferimos hacerlo alimentando el egoísmo y entonces nos alejamos de Dios, acabamos olvidándole a Él a nuestra conciencia y a nuestro prójimo. Los dones son así mal utilizados, dilapidados o simplemente no utilizados; el concepto de malgastar es subjetivo y puede llevarse a cabo por pasiva o por activa. La Biblia no excluye la propia utilización de los dones, pero tiene una exigencia más amplia (Filipenses 2:4).

Roto el vínculo con el padre, ya no nos sentimos mayordomos, ya no tenemos que dar cuentas a nadie. Ésto es lo que representa en la parábola pedir la herencia, no es que no la disfrutáramos ya, pero ahora lo

voy a hacer a mi manera mediante una gestión egoísta, una autonomía sin límites, una independencia de Dios al servicio de otros amos y de mí mismo.

Ésto es lo que destroza el corazón del Padre, el que para satisfacer sus necesidades, para alcanzar la felicidad, el hijo deba pisotear la del padre cuando en realidad la realización, la felicidad y la mayor necesidad del hombre es no desvincularse de él. Qué absurdo que para cumplir su voluntad el hijo tenga que ir en contra de la del padre. No hay peor dueño que el yo visceral, sin sentido de trascendencia, un tirano que se retroalimenta, que conduce sin percibirlo a la destrucción de la vida social, familiar y espiritual.

Dios no discute la herencia, nos entregó los bienes en el momento de darnos la vida y ni siquiera discute el derecho a utilizarlos mal. Sigue respetando nuestra libertad. No discute, pero llora por su amor herido y, sobre todo, por nuestro futuro. Es un drama terrible, porque llora a la vez esperando nuestra reacción, pero conociendo el futuro; conoce el final del camino cuando todavía no transitamos por él.

Dios no puede manipular al hombre como el padre no debe hacerlo con el hijo por amor, por respeto, por coherencia. No puede ir a su encuentro para razonar, para forzar la situación apelando a los sentimientos; no debe culpabilizar, si el hijo regresara sería para volver a marchar. Las pruebas o las trabas pueden ser provechosas, pero son un arma de doble filo y cualquier naturaleza que tengan son siempre consecuencia del pecado y Dios es santo. A veces no comprendemos esa santidad y nos lo imaginamos coqueteando con el mal, jugando a obtener ventajas. No puede coartar la libertad del hombre intentando reconducirlo en cualquier esquina, recordándole lo que tiene que hacer.

Así, el amor respetuoso con la libertad del otro es frágil, vulnerable, pero se mantiene firme aunque no sea correspondido, aunque las decisiones del otro hagan daño. Basta ser padre para comprenderlo y vivirlo.

Y Dios, desde el silencio resignado, el respeto mal comprendido cuando no cuestionado, aguarda en una actitud activa el retorno. No puede permanecer sentado, está inquieto oteando permanentemente el horizonte, observando los caminos que conducen al hogar y buscando cualquier indicio –una nube de polvo, una desbandada de pájaros, alguna silueta en movimiento–, por la noche cualquier ruido lo sobresalta; sólo vive esperando el regreso del hijo.

No es pues casualidad que descubra al hijo todavía lejos del hogar, ni que lo reconozca por muy cambiado que esté, por mucho tiempo que haya transcurrido.

Desde que el hijo marchó, en ningún momento dejó de pensar en él, de confiar en un cambio de imaginar el reencuentro, de otear el horizonte, de esperar en esperanza.

Éste es nuestro Dios y nosotros el hijo pródigo, él está a la puerta de la casa de reunión, esa puerta ancha y abierta del santuario que da acceso al atrio y es el inicio de nuestro caminar con Dios. Espera al hijo que no quiere estar con él, que no quiere saber nada de él o que incluso lo niega. Cuando en realidad estar con él, conocerle, es amarle y la única posibilidad de acceder a la vida y a la felicidad. Recibe a quien tímidamente inicia el camino para el reencuentro. A todos nos concierne esta parábola. Porque la humanidad se resume en tres estereotipos, en cuanto a su actitud con respecto a Dios: sin Dios, creyendo estar con Dios, o estando realmente con Dios; no podemos permanecer junto a El sin la experiencia de la conversión, es por esto que no existe un tercer hermano en el relato.

- 1) Como hijos en la HETERODOXIA: renunciando a nuestra relación con Dios, esa dependencia indeseada e indeseable, a unos valores extraños a nuestra naturaleza actual.

Los Principios del gobierno divino y la felicidad propuesta son quimeras que sólo existen en la mente del hombre irracional.

Se abandona la esclavitud de las formas religiosas y se cae en la del deseo y el egoísmo. La felicidad se centra en satisfacer mis necesidades, en gastar tiempo, dinero y energías en aquéllo que me es agradable. La cultura del yo acaba borrando la noción del padre.

- 2) Como hijos en la ORTODOXIA formal: en teoría en relación estrecha con el padre, conviviendo en la misma casa en una aparente normalidad pero sintiéndonos extraños, aunque sin fracturas. No reclamamos lo que ya tenemos, pero no disfrutamos con ello porque no lo apreciamos. No percibimos lo ilimitado del amor paterno, ni reconocemos la sabiduría de sus principios:

- a) trabajo muy duro desde hace muchos años para ti, no merezco ni siquiera el mismo trato de mi hermano menor y mucho menos el que le dispenses este recibimiento. Asisto cada semana a la iglesia, devuelvo el diezmo. Soporto muchos sermones, ¡no sabes lo pesado que eso puede llegar a ser; estudio la Biblia, he perdido muchas horas en reuniones y juntas, y además no te he abandonado como otros. ¡Merezco mucho más; Mira la fiesta que has montado porque mi hermano está de vuelta, nunca has hecho una para mí;
- b) quizás el hermano mayor no se ha atrevido a abandonar el hogar, pero lo hubiera hecho muy a gusto, se autodisciplina. Los hermanos mayores no tienen precedentes que vayan allanando el camino, los menores siempre juegan con ventaja. La autodisciplina puede ser muy saludable para mí y para los demás, pero no tiene ningún valor en cuanto a la redención. No debemos forzar nuestra actuación, como creyentes actuamos de forma espontánea;
- c) la actitud de autosuficiencia no encuentra cabida si tenemos en cuenta que el salario es la vida eterna, el encuentro definitivo con nuestro padre. Por mucho que hagamos, la recompensa será siempre gratuita, por una desproporción infinita entre ella y nuestros méritos;
- d) el hermano mayor es un cristiano triste, abrumado por una relación con Dios que vive como una serie de obligaciones impuestas por el padre; por ello al cumplirlas se cree digno de la salvación. Es decir, ve las obras como responsables de la redención, mantiene con el padre una religión (relación) formal; en realidad está tan lejos de Él como su hermano. Es la religión de las obras, del esfuerzo, del sacrificio o de los méritos;
- e) para él su hermano se ha liberado del trabajo de la casa, ha disfrutado mucho con aquello que le apetecía hacer y ahora es tratado como un hijo de pleno derecho, de hecho ignora lo amargo del final de aquella experiencia. La filosofía del hermano mayor, la teología de los méritos, favorece las comparaciones (yo merezco más), como la que encontramos en la parábola de los trabajadores de la viña (Mateo 20:11, 12). Lo justo en el reino de los cielos no responde a un criterio cuantitativo, muy al contrario, la salvación es injusta de acuerdo con los méritos del hombre y Satanás la cuestiona por eso mismo; (Judas 9)
- f) el padre argumenta con él, pero no lo fuerza para acudir a la fiesta familiar. “Esos bienes que ahora tu hermano reconoce y acepta han sido siempre tuyos”. Su actitud tiene un riesgo enorme, vivo en casa de mi padre, no tengo que recorrer ningún camino, ¿para que un cambio de rumbo, para que un reencuentro si no he abandonado el hogar? Consideraciones, todas ellas, que impiden el acceso a la salvación.
- 3) Como hijos pródigos de vuelta a casa:
- cualquiera que sea nuestra actitud Dios reconoce nuestro derecho a tenerla. Todos tenemos enormes posibilidades intelectuales, afectivas y espirituales que infra o mal utilizamos;
 - todos somos pues, de alguna manera, hijos pródigos o lo hemos sido. Ha hecho, hace o hará falta en nuestra vida dar un giro de 180° para deshacer el camino que nos alejó del padre, volverlo a recorrer pero en sentido contrario, es decir la experiencia de la conversión. Todos tendremos que regresar en algún momento a la casa del padre, esa experiencia de Pedro a la que Jesús hace alusión diciendo “una vez vuelto” (Lucas 22:32. Hay que volver en “sí” como el hijo menor, recuperar el juicio y volvernos hacia el Padre. Es una expresión que ya encontramos en el A.T. (2Crónicas 6:37). Si hay que volver en sí, es porque estamos “fuera de sí”, alienados, con una alteración importante de nuestra percepción de la realidad, valoramos lo ficticio, lo accesorio, y despreciamos lo real, lo esencial.
 - para volver en “sí” hay que reconocer la magnitud del pecado, reconocer nuestra indignidad y pedir perdón como el hijo de la parábola; sólo entonces se puede reconocer la gratuidad del don de la redención. Nos presentamos ante el Padre sin poderle ofrecer ningún mérito sino multitud de deméritos, pero confiando en que nos acoja en su casa a pesar de nuestra indignidad, aunque sea como el último de los creyentes (Efesios 3:8). Es la experiencia de la salvación por la gracia, de la justificación por la fe, en la que Dios nos ofrece el vestido de boda, los méritos de Cristo aplicados a nuestra vida. No hay un cuarto estereotipo porque sin volver en sí, sin volvernos hacia Dios, sin conversión, la salvación no es posible.

No importan los motivos específicos que conducen al joven de nuevo al hogar: huir de las dificultades, buscar la comodidad, la seguridad, la añoranza de tiempos pasados o el amor del padre. No se precisan en el relato. Lo importante es que entremos en relación con Dios, que reconozcamos el auténtico carácter de sus principios. Y en esa nueva relación, el Espíritu Santo contribuirá a nuestra maduración como creyentes hasta que nos identifiquemos con el Padre.

CONCLUSIÓN

La parábola no es para mi hijo, es para mí, para cada uno de nosotros.

Todos nos alejamos de Dios:

- desde la oposición o la ignorancia voluntaria de sus principios;
- desde la incomprensión, la distorsión de sus atributos, la indiferencia o el formalismo religioso, no confundamos ser religioso, con ser creyente. Se puede ser profundamente religioso y no conocer a Dios. El creyente tiene en Dios algo más que un amuleto, no piensa que todos los interrogantes están cerrados y que todo está bajo control, pero mediante la fe es capaz de dar un salto más allá de toda evidencia.

Las preguntas pertinentes son ¿qué hijos somos de la parábola?, ¿cómo vivimos nuestra relación con Dios? La respuesta definirá perfectamente nuestra situación:

- ¿alejados de Él vivimos alegremente pero sin esperanza? Dar la espalda a Dios, en mentalidad hebraica, significa no tener futuro, porque el presente está delante de nosotros y el mañana a nuestra espalda. Dar la vuelta nos permitirá alimentar la esperanza;
- ¿somos el hijo cercano al padre en el espacio, pero alejado de él al mismo tiempo?, ¿convivimos con él sin alegría? En este caso, el concepto de Dios despertará en nosotros sentimientos de culpabilidad, nos sentiremos vigilados (cuando no controlados) y viviremos bajo el peso del temor y la ansiedad. Sin embargo, nos declaramos súbditos suyos:
 - por miedo (sufrir ahora para vivir después);
 - por buscar la recompensa (perder primero para luego ganar);
 - por rutina, por inercia (finalmente no he conocido otra cosa y sin Él podría ser peor);
- ¿somos el hijo reencontrado? Sentimos en nuestra vida liberación, paz, confianza, consuelo, gozo y nos encontramos a gusto con nuestro Dios siempre: en la iglesia, en el hogar, en el trabajo, en los estudios y en nuestras actividades lúdicas. Éste será nuestro mejor testimonio como creyentes, no pasará nunca desapercibido para los demás. Nos alegraremos cada vez que un compañero de viaje se incorpore al camino del retorno Lucas 15:7, de hecho nosotros formamos parte del cielo porque la cabeza de la iglesia está allí (capítulo 15: el mensaje principal es siempre el gozo por el arrepentimiento).

La historia del hijo prodigo es un mensaje de esperanza donde Dios nos abre sus sentimientos. Es la historia de un reencuentro, que puede ocurrir en la vida de los demás sin que yo lo perciba o que puede ocurrir cuando ya no estemos.

Por muy lejos que transitemos del camino propuesto, el reencuentro es todavía posible. El relato no nos habla para nada del tiempo transcurrido (meses, años, etc.) porque no importa. Sólo importa el período de felicidad que se inicia. No hay ninguna reprimenda, ninguna mirada culpabilizadora, únicamente la aceptación ahora gozosa de la voluntad del hijo. Dios que lloraba y esperaba se regocija y olvida la espera.

ORACIÓN

Cuando opto por alejarme de Ti, por abandonar tus principios, el estilo de vida que me propones y los valores que aprecias...

Cuando consumo de forma estéril mi vida, mis talentos y habilidades, los utilizo a regañadientes o simplemente no los cultivo...

Cuando no aprecio las bendiciones de las que dispongo en esta vida ni de las que Tú me ofreces para el futuro... ,

Yo soy el hijo pródigo.

Pero cuando me acerco al camino de regreso hacia ti y, aunque mantenga dudas acerca de las motivaciones que me mueven, Tú sales a mi encuentro corriendo con lágrimas en los ojos y me recibes como si nunca te hubiera dejado...

Padre, te pido perdón y que me ayudes a no traicionar este amor tan sólido como inmerecido.

Gracias por la parábola del hijo pródigo, que habla de forma tan elocuente a nuestra razón y a nuestros sentimientos. Ningún otro ejemplo podría ilustrar mejor tu drama, nuestro propio drama.

* Biblia Nueva Reina-Valera 1990, salvo cuando se indica.